

Escuela de Letras  
Facultad de Humanidades y Artes  
Universidad Nacional de Rosario

**VI Jornadas Estudiantiles de Escritura e Investigación  
“Cuando escribir es investigar”**

**Actas**

*Autoridades*

*Facultad de Humanidades y Artes*

Decano: Prof. José L. Goity

Vicedecana: Prof. Marta Varela

Secretaria Académica: Dra. Liliana I. Pérez

*Escuela de Letras*

Directora: Mg. Marcela Zanin

*Editor responsable:*

Escuela de Letras (Facultad de Humanidades y Artes, UNR)  
Entre Ríos 758, Rosario, Argentina

2017

ISSN: 2314-2421

## Presentación

Como todos los años, presento con mucho agrado y satisfacción las ponencias de los estudiantes de la Escuela de Letras presentadas en las VI Jornadas Estudiantiles de Escritura e Investigación “Cuando escribir es investigar”, realizadas el día 11 de octubre de 2017. Esta actividad, al igual que en años anteriores, fue un espacio de encuentro y trabajo conjunto entre docentes y estudiantes, y se destacó como ocasión de desarrollo y ejercicio de la escritura investigativa para los estudiantes y prolongación de diálogo con los docentes.

En los trabajos presentados puede observarse la huella de esa relación productiva. Encontramos temas de interés diverso que han surgido del paso de los estudiantes por las diferentes áreas que conforman la formación disciplinar de la carrera de Letras. El mecanismo ya habitual consiste en la reformulación de trabajos escritos en el seno de diferentes cátedras, que los estudiantes han abordado ya sea como cursantes de las materias o bien como auxiliares alumnos, y en todos puede observarse un mismo hilo conductor: el entusiasmo de las primeras investigaciones, la riqueza de la búsqueda investigativa a través del ejercicio de la escritura.

Insisto en lo medular: nuestro interés permanente en la reflexión sobre y desde la escritura; en el camino abierto en la escritura como proceso de búsqueda en el campo de la investigación; en la valiosa proyección que esto posee para el futuro profesional de nuestros estudiantes.

En la realización de las VI Jornadas contamos, además, con la valiosa colaboración del Prof. Javier Gasparri, quien dictó la conferencia de cierre: “Néstor Perlongher en *El Porteño*. De Evita a la CHA”. Quiero agradecer, muy especialmente, la generosidad de su intervención.

Para finalizar, quisiera hacer, también, una distinción particular para los docentes que colaboraron y despejaron el trabajo de los estudiantes en los distintos momentos de la escritura y, fundamentalmente, por asistir a escucharlos en sus intervenciones, con el mismo respeto y atención que en los años anteriores.

Mg. Marcela Zanin

MORGANTI HERNÁNDEZ, DELFINA  
delfina.morganti@gmail.com

**Original versus versión:  
hacia una deconstrucción de la aritmética del dos en traducción literaria**

Parecería que sólo un analfabeto, por no estar atrapado en la red de la significación, puede enfrentarse con esta sencilla verdad y leerla: que si algo no se repite en la “versión” es la letra del “original”, que si algo salta a la vista en una comparación, aunque pocos la vean, es esta primera diferencia literal: a juzgar por su materia verbal, por sus escrituras, se trata sin duda de dos objetos distintos. Y esto es lo que vuelve interesante la traducción: relaciona dos escritos distintos y afirma, de algún oblicuo modo, que ambos son idénticos. — J. S. Perednik

### *1. Consideraciones sobre el paradigma hegemónico*

En este trabajo me propongo revisar algunas observaciones clave que ha hecho Jorge Santiago Perednik en su ensayo “Nabokov y una pequeña teoría sobre la traducción literaria”. Allí, Perednik expone una constante que percibe en casi todas las obras publicadas a lo largo de la historia acerca de la traducción literaria:

Primero, presentan la traducción como una situación entre dos elementos, esto es, la ven desde una lógica binaria; luego le atribuyen a ambos elementos un vínculo impar, en el que uno de ellos es privilegiado y el otro subordinado; luego piensan el vínculo en términos de conflicto y le asignan a éste un carácter moral, siguiendo el modelo de las relaciones humanas. Estas características funcionan en cada teoría de manera conjunta, aun cuando el pensamiento las aísle para analizarlas (2012: 16).

A partir de esta observación, Perednik añade que, en torno al “supuesto drama” protagonizado por la polémica dupla original-versión, rondan parejas secundarias enlazadas por el mismo tipo de vínculo, como es el caso de “el autor y el traductor, la lengua del original y la de la versión, las culturas y también las literaturas a las que pertenecen uno y otro, las coyunturas históricas en las que fueron escritos, etc.” (2012: 16).

En todos los casos, el lazo que une a los miembros de cada binomio es siempre moral y consiste en la subordinación de un elemento al otro, por lo general de uno posterior a aquel que estaría en el origen. Como consecuencia, los elementos original y versión entran en una “situación virtual de conflicto”, precisamente porque, al ubicar todas las valoraciones positivas en el presunto origen, la traducción pasa a ser considerada una réplica de inferior talante, desigual, con respecto al original.

Ahora bien, Perednik advierte que la “desigualdad original” no es una característica exclusiva de la traducción, sino que halla su modelo en la Biblia, en la que “Dios es el original y Adán, hecho a su imagen y semejanza, su traducción” (2012: 17). Desde esta analogía, así como Adán es la traducción de Dios, Eva es la versión de Adán y, en definitiva, el vínculo entre “Originales y Versiones” es esencialmente el mismo que hay entre “Dios y Hombre” o entre “Padres e Hijos”: se trata de la subordinación del dos con respecto al uno, de

modo que “el escrito traducido [...] es ubicado como una segunda instancia y como una instancia de segunda, dependiente del original y dominado por él” (2012: 17).

Así es que, a lo largo de los tiempos, la concepción de la traducción se ha dividido siempre en dos bandos: de un lado del *ring*, están quienes exigen una “fidelidad inmaculada” a la versión como deber primero para con el original y su autor; del otro lado, están quienes afirman que la traducción es, por naturaleza, infiel y, por lo tanto, el traductor es necesariamente traidor del texto que traduce. De uno u otro extremo provienen frases como las siguientes, por lo demás cargadas del lenguaje metafórico típico del discurso de la traición, aquel que erige en fórmula inmemorial el versito *traduttore, traditore*:

Las traducciones son guantes que nos impiden tocar las palabras con las yemas desnudas de los dedos (Ocampo en Willson, 2004: 81).

El que todo traductor sea, por fuerza, un traidor a los conceptos que intenta verter a otro idioma parece ser un designio fatal al que no escapan ni los más sólidos baluartes en el dominio de la lengua escrita (Contreras, 2002: 87).

Los olores de la traducción son como los olores de cocina: cortan el apetito y quitan a los manjares su sabor (Pontalis, 1986: 25).

Así, cuando discutimos si una traducción es válida o no, “la fidelidad está siempre en la punta de la lengua o en el fondo de la mente” (Wechsler, 1998: 67). Para Perednik, no obstante, “ambas posiciones, cuando afirman la fidelidad o la traición, adhieren al mismo valor, que tiene dos caras, duplicidad que es uno de los fundamentos de la hipócrita moral instituida” (2012: 17). Sin embargo –y, quizá, uno de los aportes más interesantes del ensayo de Perednik–, cabe destacar que el paradigma fidelidad-traición no es un punto de partida o de llegada imprescindible para pensar la traducción, sino que solo es necesario “para pensarla de determinada manera” (2012: 18). Es decir, medir una traducción en términos de si ha sido más o menos “fiel” al “original” no deja de ser un constructo ideológico, un paradigma que, aunque todavía parece ser hegemónico, no tiene, a pesar de la creencia popular, la exclusividad con respecto a cómo abordar y valorar una traducción literaria.

## 2. Las ataduras del discurso de la traición

Entre los partidarios de la fidelidad al original y los defensores de la traición como paso obligado al traducir, Perednik se cuela por una senda intermedia: “la traducción no tiene que ser enfrentada con el ‘original’ sino preparada para el encuentro con el lector” (2012: 18). Desde este punto de vista, la traducción no se mide ya por el tipo de relación que mantiene

con un original, sino que se juega en el vínculo entre el texto traducido y el lector. Además, Perednik rechaza la concepción binómica original-versión porque considera que en una traducción, al igual que en todos los textos que conforman la cadena de eslabones sin fin de la literatura y otras esferas, confluyen muchos escritos, cada uno de los cuales ejerce un grado de influencia diferente.

Refutada entonces la rivalidad original-versión como la única manera posible de pensar la traducción y rechazado el número dos por ser una ficción poco conveniente para definir y describir la traducción literaria, Perednik comienza a pasar revista a varios fragmentos de prólogos escritos por Vladimir Nabokov a propósito de sus traducciones del ruso al inglés. Entre que los comenta y los usa de evidencia fehaciente para demostrar la contradicción de criterio que habitaba a Nabokov, quien por momentos se pronunciaba a favor de traducir al pie de la letra, pero por momentos descrea de que esta audacia sea siquiera posible, Perednik intercala una serie de afirmaciones fascinantes que desarticulan las posturas hegemónicas frente a la traducción:

Un Nabokov dice que la versión, para ser fiel, debe ser literal; otro Nabokov dice que defender la literalidad y a la vez la fidelidad es un absurdo. Aunque se simpatice con el segundo y se diga que es el que supera o mejora o desplaza o anula al otro (una forma de pensar que tiende a no tolerar las contradicciones, a resolverlas), de todos modos también en este Nabokov sigue presente la exigencia de fidelidad, es decir su pensamiento continúa atado a las características predominantes en la teoría de la traducción: la aritmética del dos, el vínculo moral y el conflicto (2012: 26-27).

En otras palabras, Nabokov se encuentra sin querer en la misma encrucijada que la mayoría de nosotros: renuncia a la fidelidad como valor legítimo para encarar y luego juzgar una traducción, pero, a su vez, no puede sino pronunciarse en contra de ella dentro de la metáfora misma de la traición irreprochable que supone toda traducción. Ante este panorama, Perednik aprovecha para exponer sus convicciones respecto de que “las relaciones de causalidad y de originalidad no sirven para explicar la realidad de la traducción sino más bien para integrarla dentro de cierta concepción del mundo” (2012: 29). Dicha concepción es la que sostiene que la versión está condenada a ser mimesis mediocre del original, tesis que, según Perednik, parece calcar el discurso platónico sobre las ideas eternas e inmutables de las que “las cosas de este mundo son imperfecta copia” (2012: 29). Ahora bien, ¿por qué las relaciones de originalidad y de causalidad serían obsoletas, según sentencia Perednik?

En primer lugar, por la sencilla razón de que es un disparate pretender leer en una versión el original, y decir que leemos a Joyce cuando leemos la versión que tal o cual traductor nos ha legado de alguna de sus obras es, cuanto mucho, una ilusión a sabiendas, un

pacto de lectura que no nos queda más remedio que aceptar si no conocemos el idioma extranjero lo suficiente como para ir directo a leer lo que algunos gustan en llamar el “original”. Si bien en otro de sus textos Perednik sostiene que la lectura de una traducción es un “acto de fe” (2012: 69) porque exige creer que, al leerla, leemos el original –lo cual, a su vez, exige creer que, de hecho, es posible llegar al original mediante una traducción (2012: 70) y, agrego yo, que es posible leer algo así como un “original”–, en el ensayo sobre Nabokov ridiculiza al original al compararlo con un fantasma, con “la presencia de una ausencia” (2012: 27):

El original ausente es obligado a fantasmizarse, a hacer de su ausencia una presencia. Al lector le exigen realizar una operación complicada: leer en la “versión” un escrito que no está, el “original”. Ser no el lector del cuerpo de una escritura, sino de un espíritu que habitaría ese cuerpo. Leer la ausencia en la presencia en vez de la presencia misma, que es una manera de no leer. Y a la “versión” le exigen una fantasmización inversa, esto es, que su presencia, aunque siga estando presente, se vuelva como una ausencia, un escrito que en última instancia valga como por lo que es el “original” y sirva, a lo sumo, como un conjunto de señales o un vehículo que permitan acceder a él. Dicho de otra manera, exigen a la “versión” que funcione como el representante de un representado, el “original”, que es otro escrito (2012: 27).

Al deconstruir el concepto de “original”, Perednik rompe con la traducción entendida como el acto de trasladar información exacta de una lengua a otra:

De acuerdo a esta concepción la versión pasa a ser un mensajero, metáfora perfecta: alguien cuya palabra no es suya sino de otra persona, ausente. Y es este mecanismo el que vuelve la concepción imposible, porque la versión no repite palabras dichas en otro escrito, como el telegrama recibido repite el enviado con exactitud; dice sus propias palabras en su propio diferente idioma. Y por tener un cuerpo de palabras distinto del cuerpo original, dice necesariamente otra cosa (2012: 27).

Esto con respecto a por qué la pareja original-versión constituye una falacia. Pero, además, Perednik logra, mediante una retórica admirable, invertir los polos vinculados por el lazo de subordinación entre los elementos que conforman el binomio controversial. El autor explica que, al ubicar a la versión como necesariamente posterior al original desde una perspectiva lógica y temporal, el paradigma original-versión se basa en el siguiente principio de causalidad: “la ‘versión’ sería el efecto del acto de traducir y el ‘original’, respecto de la ‘versión’, sería su causa” (2012: 28). Aquí cita un ejemplo para ilustrar este principio: “si alguien lee el *Quijote* en castellano, entonces, no habría en sentido estricto traducción: en cambio si alguien lee *Don Quixote*, en inglés, sí. La traducción, según esta concepción, recién se configura con la ‘versión’” (2012: 28). Y ahora viene el remate:

Pero entonces, aplicando el razonamiento nietzscheano, es la "versión" la que original la traducción. Y siendo así, es la "versión" la que debería ser llamada el "original", porque es la causa de la traducción, lo que aparece en su origen, lo que la constituye. Por otro lado, habría que pensar que el llamado escrito "original" no sólo no está en el origen respecto de la traducción, sino que se constituye en "original" debido a la llamada "versión", como un efecto suyo. La relación "original-versión" como relación de causa-efecto queda así invertida: conforme a este razonamiento, la "versión" es la causa y el "original" el efecto. O si se quiere, la "versión" es el original, y el "original" una versión falsa de original, vertida como tal por los discursos que adhieren a la tradición de la tesis monolítica (2012: 28-29).

Dicho esto, uno podría reprocharle a Perednik que, en definitiva, cayó en la misma trampa que Nabokov: al intentar despojarse del discurso de la traición, no pudo más que invertir los valores atribuidos al original y a la traducción, aún sin lograr desligarse de los conceptos clave que sostienen a ese discurso hegemónico. Sin embargo, Perednik es consciente de que esta primera deconstrucción, si bien puede ser útil, no es del todo satisfactoria. Antes de proponer una tesis diferente para invitarnos a concebir la traducción desde una posición alternativa, el autor señala que el razonamiento anterior es útil porque permite revelar que ese vínculo de subordinación por parte de la versión hacia el original no es una condición natural o irrevocable para pensar la traducción, sino más bien un "prejuicio" (2012: 29), el principio necesario ya no para pensar la traducción, sino para pensarla desde determinado punto de vista. Entonces, ahora es posible afirmar:

Que el origen puede ser ubicado, según convenga, en cualquier lugar: que es factible decir que está en el original (como en el discurso predominante); o que está en la versión (usando la estrategia nietzscheana); o que todos los escritos –incluso las traducciones– son originales, en tanto todo es origen; o, desde una perspectiva no muy diferente, que ninguno es original porque el origen no es más que un mito (2012: 29).

### *3. La singularidad del "uno"*

Perednik define el enfoque adoptado en su ensayo como una "remoción de obstáculos" (2012: 29), y yo concuerdo con él en que lo es y en que es necesario incluir este tipo de escritos en la bibliografía sobre traducción literaria. Asimismo, considero que es necesario hablar de traducción en una carrera de Letras donde, en la mayoría de los casos, docentes y estudiantes leemos los textos que dan sentido al plan de estudios a través de sus traducciones al español.

Removidos los obstáculos y despejado el lente del observador en lo que respecta a las condiciones del paradigma hegemónico en traducción literaria, Perednik propone reemplazar



la “idea clave del número dos, del par, de la pareja” por la “idea del número uno, de un escrito que al afirmarse como traducción despliega hacia otros escritos, de varios idiomas, incluido aquél que se traduce, relaciones múltiples y complejas” (2012: 29). Si se disuelve la pareja, ya no es posible pensar la traducción “en términos de originalidad o causalidad o virtualidad o jerarquía o metempsicosis” (2012: 29); al mismo tiempo, renunciar al par original-versión implica desprenderse también de nociones como “fidelidad, respeto, acatamiento, subordinación, de un escrito a otro –todas ellas ideas éticas que pretenden constituirse en medidas para valorar una traducción– a favor de ideas estéticas, de valoraciones estrictamente literarias” (2012: 29). Para Perednik, justamente lo que hace que la traducción sea tan interesante es que vincula dos textos diferentes afirmando que uno es idéntico al otro, “que lo que se oye y se ve distinto es sin embargo lo mismo” (2012: 30). Si bien alguien podría preocuparse por indagar en este asunto, “verificar esta afirmación complicada puede importarle a la filología; para la literatura sólo importa creerla, o incluso apenas considerarla” (2012: 30).

Según la propuesta de este autor, la traducción de literatura es “un tema desligado de las lógicas jurídica y política de la propiedad y de la herencia y abierto a la lógica literaria de una cadena de sucesiones sin propiedad que pocos cultivan” en la que la “traducción es la tarea de escritura o de lectura de una lengua particular, la del traductor o el lector, ubicada entre varios idiomas y múltiples lenguas” (2012: 30). Aquí el número dos ya no tiene cabida, tanto si pensamos que hay uno, el texto traducido, como si aceptamos que hay más de dos, dado que la traducción siempre está ubicada entre varios textos e idiomas:

Al traducir una novela, por ejemplo, está esa novela, más su traducción (el “uno”), más las otras traducciones que se hayan hecho a ese idioma y que compiten con el “uno”, más las traducciones que se hayan hecho en otras lenguas, que a veces también ejercen su influjo por vía de la comparación, más otros escritos del autor de la novela que a veces están presentes en ella, más todos los otros escritos que hicieron que el autor tuviera su estilo de escritura y el traductor el suyo, más... Los puntos suspensivos indican la presencia de “otro” que funciona como un plus y evita cerrar la cuenta (2012: 30-31).

Por último, Perednik destaca la necesidad de “exigir una lógica literaria para la traducción literaria”, es decir, de librarse cuanto antes de las nociones éticas de fidelidad y traición, de subordinación y falta de respeto, las cuales, en mi opinión, solo sirven para entorpecer la labor creativa de los traductores que, muchas veces por miedo al fantasma del autor-Dios o cegados por un deber de servicio a no sé bien qué aspecto del “original”, traducen bajo un estricto régimen de autocensura y calcando estructuras del idioma extranjero,

de manera que el resultado dista mucho de leerse como un texto literario, o siquiera como un *texto* en la lengua de llegada. Creo, al igual que Perednik, que a menudo los traductores, los lectores, los críticos nos privamos del “disfrute del ‘uno’ literario, de la singularidad de cada texto” (2012: 31), y dado que entiendo la traducción como la escritura en otro idioma no de un original, sino de la lectura inevitablemente subjetiva que hace cada traductor del texto de partida, también sostengo, junto a Perednik, que “el resultado de traducir un escrito literario, para quien gusta de la literatura por sobre la telegrafía o el espiritismo, más que un mensaje o la invocación de una ausencia, puede ser y debería ser otro escrito literario” (2012: 31), a pesar de que suspendamos la incredulidad y juguemos a creer que, en efecto, un texto X y una traducción Y son el mismo texto.

### *Bibliografía*

- Contreras, M. A. (2002). “Julio Cortázar: ¿traditore?”, en *Panace@. Boletín de Medicina y Traducción*, vol. 3, n.º 7, marzo de 2002, pp. 87-89. Disponible en: <[http://www.medtrad.org/panacea/IndiceGeneral/n7\\_Contreras.pdf](http://www.medtrad.org/panacea/IndiceGeneral/n7_Contreras.pdf)> [Consulta: 30/09/17].
- Perednik, J. S. (2012). “Nabokov y una pequeña teoría sobre la traducción literaria”, en *Ensayos sobre la traducción*, Buenos Aires: Descierto, pp. 15-31.
- Pontalis, J. B. (1986). “Otro oficio imposible. Notas”, trad. Rubén Biselli, en revista *Paradoxa*, Literatura/Filosofía, Año 1, N° 1, pp. 20-26.
- Wechsler, R. (1998). *Performing Without a Stage: The Art of Literary Translation*, Estados Unidos: Catbird Press.
- Willson, P. (2004). “Victoria Ocampo, la traductora romántica”, en *La Constelación del Sur. Traductores y traducciones en la literatura argentina del siglo XX*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno, pp. 75-109.